

APROXIMACIONES A LA CULTURA POLÍTICA DE LA COLOMBIANIDAD

APPROACHES TO THE POLITICAL CULTURE OF COLOMBIANITY

José Alejandro Martínez Escobar¹

Recepción: 30/10/2020 / Evaluación: 30/01/2021 / Aceptación: 15/11/2021

Resumen

El presente trabajo es un acercamiento a los fundamentos de la cultura política de la colombianidad, referida al carácter y personalidad de los colombianos, en el ejercicio político directo, indirecto y el pretendidamente apolítico, el cual se encuentra insertado por/desde el bagaje histórico de la nación misma. Epistemológicamente, la Cultura Política vendría a ser el corpus académico, para una revisión analítica e investigativa sobre sus apuestas, desarrollos y posibilidades en el contexto colombiano, sin embargo, sus desarrollos fuertemente marcados en una reducida tradición suponen de críticas innegables. En el presente artículo se concluye que el avance investigativo de la Cultura Política por la colombianidad es fundamental pensarla en una revisión de los elementos clásicos de la cultura política desde sus apuestas y críticas fundamentales, en lo que es reconocido como la primera tradición de cultura política.

Palabras clave: Colombianidad, Cultura Política, Político y lo cultural.

Abstract

The present work is an approach to the fundamentals of the political culture of Colombianness, referring to the cha-

racter and personality of Colombians, in the direct, indirect and allegedly apolitical political exercise, which is inserted by/ from the historical baggage of the nation itself. Epistemologically, Political Culture would become the academic corpus, for an analytical and investigative review of its bets, developments and possibilities in the Colombian context, however, its developments strongly marked in a reduced tradition involve undeniable criticism. In this article it is concluded that the investigative advance of Political Culture by Colombianity is essential to think of it in a review of the classic elements of political culture from its fundamental bets and criticisms, in what is recognized as the first tradition of political culture. .

Keywords: Colombianity, Political Culture, Political and cultural.

Introducción

Hablar de colombianidad o de lo colombiano, es hablar de una suma de elementos y relaciones que de compleja pero de inevitable manera, también se aglutinan y conviven dando personalidad y viveza a la propia existencia de lo colombiano, algo que vive y sobrevive en su “mismidad” y que se refuerza y transforma en su “ipseidad” al mismo tiempo. Su reproducción está asegurada y afirmada por la existencia de Colombia y los colombianos, aquí, ahora y en el tiempo.

¹ Universidad Distrital F. J. Caldas. Egresado de la Maestría Comunicación-Educación. josealejandrom2244@hotmail.com

Algo que remite a las formas, maneras y contenidos de ser y existir, algo que implica o supone hablar de tradiciones, de música, de gastronomía, de mitos y leyendas, de folclore, de consensos y disensos, de proyectos, de visiones de mundo y/o cosmovisiones, de paradigmas... es hablar de personas; de personas en un territorio, es hablar de todo aquello que atañe a aquellos y aquello que se alcance a pertenecer con lo colombiano, dinámica que a pesar de su amplitud evidente, goza de una existencia inconscientemente consensuada.

Esta característica paradójica de lo colombiano, es más significativa e iluminadora si se traslada al plano de la cultura política, un concepto clave e inmejorable por indeterminado (o mejor posibilitante). ¿Por qué? porque son las facultades culturales de un pueblo, comunidad o Nación las que representan e identifican las maneras de ser ante la política, una apuesta por acercarse a esta manera de entender el fenómeno, tiene que hacerse en un reconocimiento de lo que significa e implica el campo epistemológico de la cultura política; así, en lo sucesivo, se explorarán algunas visiones someras y/o primerísimas del concepto-categoría de Cultura Política para, en un ejercicio de exploración, poder atinar algunas líneas de análisis en que la cultura política de la colombianidad, expresamente desde la tradición más clásica de la misma, la visión o tradición cognitiva y conductual, supone de eso que aseguramos en el título son medios o medidas de aproximación.

Cultura Política como una definición de sentido común

Adentrarse en el campo de la Cultura Política, es verdaderamente complejo, y proponer un orden se vuelve retador, sin embargo, en sentido práctico y/o estratégico, proponemos, luego de una amplia revisión bibliográfica, como una primera definición de la cultura política, o como

una primera gran forma de acercamiento al campo, se da necesariamente por la unión de dos grandes conceptos disciplinares. La Cultura y la Política, en una definición que aquí llamaremos de sentido común, pues presupone, esencialmente, la dificultad inherente de reducir con absoluta certeza y de manera *a priori*, una definición conceptual o epistémica de Cultura Política. Eckhard Deustcher lo ilustra con el concepto de sociedad, algo que aplica también al término cultura, al afirmar:

Si se le pide a un sociólogo definir la palabra “sociedad” se evidencia inmediatamente las dificultades que rodean el término. Igualmente, se le podría pedir a un antropólogo-cultural o a un filósofo que define la palabra “cultura” y nos encontraremos con las mismas dificultades. Si encima se trata de definir la relación que existe entre sociedad y cultura, se está ante una tarea, que ni la ciencia ha podido solucionar. Con esto quiero decir, que tiene poco sentido esforzarse por una definición *a priori*.²

Algunos autores y proyectos en la intención de hacer objetivable el campo, proponen entender el mismo como un proyecto pragmático, a pesar de las diferencias, “existe un sustrato común: el centramiento en la pragmática, en la idea de la cultura como construcción de y a partir de destrezas, en la afirmación de la cultura política como lógica de acción.”³

Marisol Solano en este sentido será inmejorable, pues define la Cultura Política, en sentido común, al preguntarse;

¿Qué es cultura política? El término se construye con dos conceptos tan antiguos

2 Eckhard Deustcher, “*Ideología, evolución cultural y cultura política*”, Revista ABRA Vol. 10 (1990): 275.

3 Fernando Bustamante, “*El debate en torno a la cultura política: comentarios al dossier de ÍCONOS 15.*”, Iconos. Revista de Ciencias Sociales núm. 16 (2003), 69.

y controvertidos como la historia misma, pero que juntos dan sentido a todo un campo de estudio influenciado por disciplinas tan diversas como la política, la psicología y la sociología entre otras. En sí, el término hace referencia a las percepciones, actitudes y costumbres de la gente hacia la forma en la que considera se desempeña y trabaja su gobierno y la manera en la que se relaciona con él.⁴

Y aunque esta definición objetive un entendimiento concreto, hilando un poco más profundo, una definición más genérica reconocería y ligaría el concepto a lo que sería una dinámica fundamentalista, en donde se parte por dar la razón al hecho de que “la noción de cultura política es tan antigua como la reflexión misma de la vida política de una comunidad.”⁵ Aunque actualmente, para referirse a la noción, se “habla de personalidad, temperamento, costumbres, carácter nacional o conciencia colectiva, abarcando siempre las reflexiones subjetivas de los fenómenos sociales y políticos”⁶, esta preocupación ha acompañado a la civilización occidental desde sus orígenes, y siempre ha sido persistentemente dirigida a el ¿cómo? de esas relaciones entre las “imágenes y percepciones sobre el entorno político” las cuales determinan, aseguran o transforman las instituciones políticas de la comunidad, entre otras⁷.

Con todo lo anterior, ¿por qué insistimos en esta precisa definición? porque será esta definición la que muestre de manera global qué se puede entender, primero por cultura; y segundo que al identificar la dificultad en proyectar una única y definitiva enunciación de cultura y política, se evidencia la amplitud de lo que vendrían a ser

esas percepciones, actitudes y costumbres; prácticas y dinámicas que nunca totalizan la dinámica social propia del acervo y/o capital simbólico del grupo humano en relación, siempre serán insuficientes y sesgadas las reducciones a las relaciones que se establecen para asegurar, ahora esas “percepciones, actitudes y costumbres” para con su gobierno, que es como la Marisol Solano relaciona el otro concepto “controvertido”, la política.

Es evidente que una relación tan amplia al final se presenta como indeterminable, es como dijimos, un intento por mostrar una panorámica global del asunto; una definición global de la cultura política.

Más aún cuando analizamos y exteriorizamos la importancia del por qué hablar de una visión de cultura política de sentido común. El sentido común, que es imperioso nunca perder de vista, ni dejarlo como una definición ingenua y/o residual, pues es precisamente esta ingenuidad teórica la que se le critica a la segunda⁸ tradición teórica de cultura política.

Una cultura política de sentido común como primera visión nos introduce y presenta la forma en que vendríamos a elaborar una segunda visión, ahora desde un enfoque eminentemente teórico y/o epistemológico institucionalizado y legitimado, la cultura política desde una visión cuantitativa y conductual.

En suma, pretendimos mostrar el cómo es posible, viable e incluso necesario hablar de un primer enfoque de cultura política, para centrar la mirada en la complejidad del campo, pero y además, para establecer que

4 Solano Rocha. Marisol, "Consumo de medios y cultura política," Tesis pregrado en Licenciatura en Ciencias de la Comunicación. Universidad de las Américas Puebla. 2005, 3.

5 *Ibidem*, 9.

6 *Ibidem*.

7 *Ibidem*.

8 Segunda visión, pues en el trasegar histórico del campo esta visión es de hecho el origen o consolidación genética del campo, véase los aportes de Fernando Bustamante en "El debate en torno a la cultura política: comentarios al dossier de ICONOS 15" en donde se expone la discusión sobre la mismísima consolidación del concepto o categoría de cultura política, en una intención de dotar de significado cultural a la categoría.

las subsiguientes dinámicas teóricas, sobre todo la segunda visión que procederemos a explicar, desconocen ese componente complejo e irreductible del campo a un principio eminentemente instrumental, evolutivo y universalmente determinista, muy visible al pretender ligar las relaciones culturales políticas a un ejercicio de racionalización jerarquizada sobre la base de lo que algunos presuponen o vendrían a denominar un "BUEN" funcionamiento gubernamental.

Cultura Política, como visión Behavior - Cognitive

No es difícil reconocer en el desarrollo de la literatura sobre la cultura política, que el primer ejercicio de teorización concreta y directa sobre el campo lo asumen los trabajos adelantados o realizados por la tradición norteamericana de Gabriel Almond, G. Bingham Powell y Lucian Pye, en el popular libro "The civic culture"⁹ en éste se abordan las generalidades y los elementos constitutivos de dicha tradición, en donde adelantamos, que la característica sobresaliente del enfoque, es su mirada reduccionista sobre la cultura política, pero que al final es necesario reseñar con cierto detalle, aunque nuestra intención principal no es detenernos en ella¹⁰, sí es conveniente y sustantivo adelantar sus características principales de primera mano, aunque haremos especial y repetida referencia a los abordajes que diferentes autores han hecho sobre la misma tradición, aunque esta vez revisando los intereses que ellos denotan para su singular trabajo. En otras palabras, hablaremos de ellos con la ayuda de diversos autores, que han reconocido con suficiente elocuencia las dinámicas constitutivas de la cultura política como una visión *Behavior - Cognitive* y hacia el final del apartado nos detendremos para precisar qué

lugar ocupa esta tradición en el presente desarrollo investigativo.

Autores cómo Araceli Mateos¹¹ proponen identificar un desarrollo del concepto desde la antigüedad clásica con Platón y Aristóteles en donde se avanza con Montesquieu, Rousseau y Tocquéville hasta la ilustración y en donde se hila el concepto después de la segunda guerra mundial a un ejercicio teórico moderno, en donde la noción, ahora, se liga a los aportes de Max Weber¹², interpretados principalmente por Parsons, este último de una manera eminentemente subjetiva (sentimientos, acciones y conductas individuales y colectivas), en contraste con J. Habermas, que los propone en una dinámica estructural más colectiva e histórica, éste trabajara con el concepto de esfera pública, antes que una noción concreta de cultura política, serán estos 2 los autores precedentes, precursores¹³ (episte-

11 Mateos, Araceli. *Cultura política*, (2009), <https://campus.usal.es/~dpublico/areaecp/materiales/Culturapolitica.pdf>

12 Sobre estos desarrollos el trabajo de Cecilia Schneider & Karen Avenburg "*Cultura Política: Un concepto atravesado por dos enfoques*" identifican relación que tiene la cultura con las acciones, acciones racionales gracias a por la figura de la religiosidad calvinista, doctrina religiosa propiciadora del desarrollo capitalista y de una forma de cultura reconocida principalmente al mundo anglo-americano.

13 ¿Por qué si estos son los que anteceden y son los precursores de la segunda visión de Cultura política, no son expuestos en la primera visión de cultura política en otro tipo de división para el estudio del campo? primero porque hacer su reconstrucción teórica además de ser abundante y compleja, no se encuentra ligada concretamente al campo de la cultura política como campo epistemológico, dinámica que nos lleva a, segundo, proceder en análisis especulativos muy diversos que nos desviaría e introduciría en debates muy diversos, y tercero, porque la digresión que hace la profesora Mateos nos parece un inmejorable puente entre la complejidad propia de "La Cultura y la Política", que aseguramos y constituimos como la primera visión de cultura política (sentido común), ahora con el enfoque de G. Almond y S. Verba (*Behavior - Cognitive*), de hecho estos aportes teóricos hacen honor a su nombre como "antecedentes o precursores directos" de la segunda visión de cultura política.

9 Almond, Gabriel y Verba, Sidney. *The civic culture, political attitudes and democracy in five nations. An analytic study*. Boston: Little Brown, 1965.

10 Entre otras porque la literatura sobre, por y de los mismos es estérilmente reiterativa y/o recurrente.

mológicos-modernos) directos que Araceli Mateos¹⁴ reconoce como fundamentales, para entender el impacto sobresaliente que tendrán en la década del 60 los aportes de “*the civic culture*”, que nos proponemos revisar ahora en concreto.

En el capítulo 7 del libro “Diez textos básicos de ciencia política”, los profesores Gabriel A. Almond y Sidney Verba, titulan el capítulo precisamente como “La Cultura Política”, este es un apartado en donde resumen los principales y fundamentales aportes y desarrollos teóricos que constituyen para ellos el concepto de cultura política, en dicho documento los profesores aseguran que será en el contexto de la segunda mitad del siglo XX, en donde es inevitable pensar en la cada vez más consolidada organización socio-política del mundo alrededor del paradigma democrático, por lo que su afirmación pareciera ser inevitable y en suma el ejercicio por antonomasia de la práctica culturalmente política de los diversos pueblos del globo. La frase inicial de Almond y Verba¹⁵ es contundente: Este es un estudio sobre la cultura política de la democracia y las estructuras y procesos sociales que la sostienen.”¹⁶ Democracia

que se consolida en el plano político internacional, entre otras, porque son naciones los moldes y contenedores del orden social que los autores legitiman como el paradigma occidental, éste constituyó o fungió al final como el modelo estándar de organización, y en donde “la cultura mundial” se vuelca absolutamente alrededor de la ingeniería moderna y racional del fenómeno democrático, hablamos por lo tanto de una cultura política democrática, en donde las jóvenes naciones del mundo (en su intención de un ejercicio de participación activo y dinámico) se enfrentan al reto, primero, de aprender las actitudes y sentimientos de una democracia, que, para los autores, resulta ser lo más difícil de aprender, y segundo, la consolidación o aclimatación de un sistema tecnológico moderno, es decir, de la aplicación de una tecnocracia moderna en un contexto de inexistencia o arcaico desarrollo político democrático.¹⁷ La Cultura política desde este enfoque no deja más que en evidencia la necesidad imperiosa que entienden los autores por brindar un arquetipo o paradigma que es necesario aprehender para la consolidación de una buena cultura política.

Una cultura cívica que para Almond y Verba se construye gracias a la tensión existente entre un orden tradicional y una práctica política moderna, que al final no es única ni meramente una práctica racional del ejercicio político, sino que la juntura o mezcla con la tradición, compone una determinada forma o carácter de cultura política. Es decir la *Cultura Cívica* en mayúsculas, (Una síntesis cultural resultante de la pugna entre una cultura tradicional-humanista y una cultura científico-técnica-moderna). El caso inglés será axiomático, pues la sociedad inglesa, y posteriormente la Norteamericana, son las que agencian y fungen como la representación absoluta o integral de la cultura cívica, es una cultura cívica con acento angloamericano, pues

14 Mateos hace un interesantísimo y riguroso ejercicio de reconstrucción teórica sobre los aportes de la tradición norteamericana de cultura política, en donde se describe de manera detallada y pormenorizada las diferentes posibilidades epistémicas que el trabajo de Gabriel Almond y Sidney Verba adelantaron y abrieron, éstos serán, en algunos casos concretos y no necesariamente desde Mateos, retomados más adelante, pero para una lectura y conocimiento riguroso de los avances del concepto así como de las principales vertientes del mismo en las décadas del 80 y 90, se insta a revisar de manera directa la clasificación de los debates y perspectivas teóricas que propone Araceli, la mayoría aparecen en nuestros antecedentes adelante, pero no en el orden que propone Mateos (véase la tabla reconstruida; “*Tipos de dimensiones y tipos de orientaciones políticas*” en la pág. 2).

15 Ed. original: G. A. Almond y S. Verba, *The Civic Culture*, cap. 1, «*An Approach to Political Culture*», Princeton University Press, 1963.

16 Almond, Grabiell y Verba, Sidney. en: *Diez textos básicos de Ciencia Política*, (1992), 171.

17 *Ibidem*.

estas naciones recorrieron y sufrieron una serie de procesos y tensiones que le imprimieron sus diversas dinámicas, pero sobre todo grabaron en ellas un elevado grado de libertad y participación, carácter que se consolidó en un parlamento representativo y garante de la intervención masiva del conjunto social del pueblo alrededor de figuras de participación políticas modernas como los partidos y grupos de representantes, éstos al final aseguran el ejercicio de la democracia, es decir; **La Cultura Política Democrática.**

Nació así una tercera cultura, ni tradicional ni moderna pero que participaba de ambas, una cultura pluralista basada en la comunicación y la persuasión, una cultura de consenso y diversidad, una cultura que permitía el cambio, pero también lo moderaba. Fue la cultura cívica. Una vez consolidada, las clases trabajadoras podían entrar en el juego político y, a través de un proceso de tanteos, encontrar el lenguaje adecuado para presentar sus demandas y los medios para hacerlas efectivas. En esta cultura de diversidad y consenso, racionalismo y tradicionalismo, pudo desarrollarse la estructura de la democracia inglesa: parlamentarismo y representación, el partido político colectivo y la burocracia responsable y neutral, los grupos de intereses asociativos y contractuales y los medios de comunicación autónomos y neutrales. El parlamentarismo inglés incluía las fuerzas tradicionales y modernas; el sistema de partidos las reunía y combinaba; la burocracia era responsable ante las nuevas fuerzas políticas; y los partidos políticos, grupos de intereses y medios neutrales de comunicación se mezclaban continuamente con las agrupaciones difusas de la comunidad y con sus redes primarias de comunicación.¹⁸

Al delinear y sustentar que las bases concretas o empíricas sobre las que se fundamenta la génesis de la cultura democrá-

tica, Almond y Verba se inquietan por el cómo hacer de esta cultura un proceso de masificación o generalizable, ¿cómo hacer del proyecto democrático una realidad política, no solamente en el contexto limitado en que surge, sino cómo rescatar, según ellos, ese baluarte del progreso político de la humanidad? Por lo que las preocupaciones de su proyecto investigativo se traducen al siguiente objetivo: “Se ha tratado de deducir de tales experiencias algunos criterios sobre las actitudes y el comportamiento que deben existir en otros países si han de llegar a un régimen democrático.”¹⁹ Determinar cuales son las condiciones, características, procesos y demás, que posibilitan la existencia de un régimen democrático, y medirlos para así proyectarlos, son algunas de las líneas en que los autores proponen entender la cultura política, identificando países que por su tradición cultural pueden y son en cierta medida propicios o fructíferos para su surgimiento, o, al contrario, fracaso. También se preguntan por el carácter del ciudadano, entre otras. El objetivo de los autores es determinar el ¿cómo trasladar y hacer de la democracia, al estilo Anglo-Americano un proyecto mundial, ¿cómo hacer de la Cultura Democrática un proyecto global?

Después de sostener con firmeza la intención democrática del proyecto democrático, Almond y Verba²⁰, consolidan y apuntan el cómo van a definir un conjunto de culturas políticas, alrededor de una serie de naciones, en donde apuntalan, que van a entender o se referirán al fenómeno como cultura política de una nación, antes que carácter nacional y otras que podrían llevar a confusiones disciplinares o teóricas, aunque ellos reconocen que beben profundamente del enfoque psico-cultural, el cual en esencia mira la cultura-personalidad hacia los objetos o fenómenos políticos de una

18 *Ibidem*, 175

19 *Ibidem*, 176

20 *Ibidem*, 177-178.

nación. Almond y Verba²¹ brindan entonces una disertación en donde concretizan lo que van a entender por cultura política, y en una primera medida, indican los beneficios de hablar de cultura política, al enunciar textualmente:

Así, el término cultura política se refiere a orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como a las funciones relacionadas con uno mismo dentro de dicho sistema. Hablamos de una cultura política, del mismo modo que podríamos hablar de un cultura económica o religiosa.”²²

Además, aseguran que utilizar dicho concepto les permite un vocabulario amplio, ligado a tres grandes disciplinas como la antropología, sociológica y psicología, pues se dotan de conceptos como “socialización, conflicto cultural y aculturación”, y en este momento es interesante apuntar, que a pesar de esa amplitud conceptual, se restringen y privilegian más una dinámica psicológica, asegurando:

Aquí únicamente podemos subrayar que empleamos el concepto de cultura en uno solo de sus muchos significados: *en el de orientación psicológica hacia objetos sociales*. Cuando hablamos de la cultura política de una sociedad, nos referimos al sistema político que informa los conocimientos, sentimientos y valoraciones de su población.”²³

Dinámica que es fácilmente identificable cuando prosiguen en la determinación concreta de sus culturas políticas, al identificar niveles de culturización ligados según su postura, desde los aportes de Parsons y Shils, así Almond y Verba, afirman:

La cultura política de una nación con-

siste en la particular distribución entre sus miembros de las pautas de orientación hacia los objetos políticos. Antes de que podamos llegar a tal distribución, necesitamos disponer de algún medio para comprobar sistemáticamente las orientaciones individuales hacia objetos políticos. En otras palabras, es necesario que definamos y especifiquemos los modos de orientación política y las clases de objetos políticos. Nuestra definición y clasificación de tipos de orientación política sigue a Parsons y Shils, como hemos indicado en otro lugar. La orientación se refiere a los aspectos internalizados de objetos y relaciones. Incluye: 1) «orientación cognitiva», es decir, conocimientos y creencias acerca del sistema político, de sus papeles y de los inconvenientes de dichos papeles en sus aspectos políticos (inputs) y administrativos (out-puts); 2) «orientación afectiva», o sentimientos acerca del sistema político, sus funciones, personal y logros; y 3) «orientación evaluativa», los juicios y opiniones sobre objetos políticos que involucran típicamente la combinación de criterios de valor con la información y los sentimientos.²⁴

¿Cómo determinar entonces el tipo de cultura de una nación? para Almond y Verba esto es fácilmente identificable en la medida en que se consulte o pregunte a los ciudadanos, pues según el tipo de orientación son las respuestas las que dejarán ver el tipo de orientación, para los autores las orientaciones van de lo general a lo personal, pasando por una dinámica de inputs y out-puts, el nivel y la relación que muestre para con cada uno de estas orientaciones dejará en evidencia **1**, si sus conocimientos son meramente cognitivos, una cultura que los autores denominan parroquial, hacien-

21 *Ibidem*.

22 *Ibidem*, 179

23 *Ibidem*, 180

24 *Ibidem*.

do referencia al nivel más bajo y pobre de culturización. 2, si sus orientaciones, por el contrario, se inclinan por una dinámica afectiva o sentimental, Almond y Verba hablan de una cultura de Súbdito, y por último (3), si las orientaciones son evaluativas, de posición y críticas, la cultura política es según nuestros autores; de participación. Por lo tanto, la clave está en las preguntas, los autores construyen una serie de preguntas en cada un de las orientaciones, y dejan a criterio y pericia del investigador donde ubicar las respuestas del ciudadano²⁵, esto es fácilmente observable en la matriz 7.2 que, por su fuerza ilustrativa, copiamos en la página siguiente.

25 Las preguntas que los autores proponen son del siguiente estilo: "1. ¿Qué conocimientos posee de su nación y de su sistema político en términos generales, de su historia, situación, potencia, características «constitucionales» y otros temas semejantes? ¿Cuáles son sus sentimientos hacia estas características? ¿Cuáles son sus opiniones y juicios, más o menos meditados, sobre ellas? 2. ¿Qué conocimientos posee de las estructuras y roles de las diferentes elites políticas y de los principios de gobierno implicados en la corriente superior de la función política activa? ¿Cuáles son sus sentimientos y opiniones sobre estas estructuras, los dirigentes políticos y los programas de gobierno? 3. ¿Qué conocimientos tiene de la corriente inferior de la imposición política, de las estructuras, individuos y decisiones implicados en estos procesos? ¿Cuáles son sus sentimientos y opiniones sobre ellos? 4. ¿Cómo se considera a sí mismo en cuanto miembro de su sistema político? ¿Qué conocimiento tiene de sus derechos, facultades, obligaciones y de la estrategia a seguir para tener acceso a la influencia política? ¿Qué piensa acerca de sus posibilidades? ¿Qué normas de participación o de ejecución reconoce y emplea al formular juicios políticos u opiniones? Caracterizar la cultura política de una nación significa, en efecto, rellenar una matriz semejante mediante una muestra válida de su población. La cultura política se constituye por la frecuencia de diferentes especies de orientaciones cognitivas, afectivas y evaluativas hacia el sistema político en general, sus aspectos políticos y administrativos y *la propia persona como* miembro activo de la política (cursivas mías)." (Almond y Verba, 1992, p. 182)

La relación de cada orientación así como su repetición en cada una determina, de manera un tanto sencilla, el tipo de cultura de cada nación y esto también es fácilmente reconocible en los tipos de investigación cuantitativa, una muestra aleatoria asegura una media o promedio que se puede adjudicarle a la nación entera, o al grupo nacional en cuestión.

Sin embargo, hay que mencionar que Almond y Verba no se quedan con este esquema, el cual consideran claramente insuficiente, y proceden a hablar de culturas políticas mixtas, para los autores estas culturas políticas mixtas nacen de criterios de clases y subclases en los tipos de culturas, esto gracias a que identifican desarrollos políticos y evoluciones culturales de las naciones en cuestión, así como muestras de personas o sujetos diversos en el nivel o etapa de desarrollo cultural, de manera tal que debemos asumir el que una nación puede albergar de manera mixta o conjunta pautas parroquiales y de súbdito a la vez, en proporciones importantes, y por lo tanto, nunca desestimables con facilidad, en sus palabras hablan de la posibilidad de "distinguir tres tipos de culturas políticas sistemáticamente mixtas: 1) la cultura parroquial-súbdita; 2) la cultura súbdita-participante, y 3) la cultura parroquial-participante."²⁶

Los autores a su vez, prosiguen en una descripción de subculturas políticas más concretas y singulares que las anteriores, ellos hablan de cómo también, es identificable en un tipo de cultura política nacional con grandes rupturas estructurales, así como continuidades y evoluciones en la ingeniería de la política de la nación; el encontrar dichas subculturas evidentes y activas en el trasegar histórico del pueblo en cuestión. Igualmente, hacen referencia a la existencia de una cultura de roles, que en resumen acuden a hacer aun más heterogéneo el desarrollo y características culturales de una nación.

26 *Ibidem*, 187.

CUADRO 7.2. Tipos de cultura política

	Sistema como objeto general	Objetos políticos (inputs)	Objetos administrativos (outputs)	Uno mismo como participante activo
Parroquial	0	0	0	0
Súbdito	1	0	1	1
Participante	1	1	1	1

Asimismo, muestran las posibilidades que puede llegar a tener el concepto de cultura política al unir dos aspectos o escenarios del plano político, al unir la micro y la macro-política, en estas dos esferas, se puede ver de nuevo esa heterogeneidad sobre la que llaman la atención los autores, quienes, preocupados por ser precisos en su descripción, concluyen en que la cultura política puede generar procesos de identificación tanto psicológicos introspectivos sobre los objetos políticos de la nación, como socializantes del mismo escenario, los autores muestran la existencia de una heterogeneidad enorme y aunque pareciera ser fácil determinar la cultura de una nación, al final no lo resulta ser tanto así²⁷.

De nuevo, Araceli Mateos quien parafraseando a Moran y Girvin, intenta describir esa posible relación de la micro y la macro-política, como una dinámica entre las perspectivas individuales y la historia política de un sistema en donde resulta interesante el aporte de un *mesonivel*, en sus palabras:

Entre el nivel macro y micro de la política, puede identificarse un nivel intermedio denominado por algunos autores como *mesonivel*, que hace referencia a las reglas del juego aceptadas por todos los ciudadanos y que permite la conexión entre el sistema político y los individuos. Dada esta clasificación de niveles de la política

(macro-meso- micro), se ha llegado a clasificar la cultura política dependiendo de los elementos de los diferentes niveles a los que hace referencia. Así, se denomina macro cultura política a aquella que incluye los elementos del sistema político que raramente son cuestionados por los miembros de una nación. Se refiere a la identidad nacional como foco de lealtad y de continuidad, que es el reflejo del mantenimiento de un sistema cohesionado. La meso cultura política hace referencia a todos los elementos que tienen que ver con las reglas del juego establecidas y su cumplimiento. Este meso-nivel está abierto a la influencia de cómo se desarrolle el debate político en el micro-nivel. Por consiguiente, la micro cultura política está compuesta por aquellas variables que tienen que ver con la actividad política cotidiana (Girvin, 1989: 35).²⁸

El meso-nivel resulta entonces en una interpretación para entender eso que Almond y Verba no llegan a definir o percibir de manera completamente clara, eso que arropaban bajo la idea de sub-culturas políticas y las culturas de roles, y que por carecer de mejores herramientas explicativas, queda como una dinámica de conexión micro y macro de la dinámica política en la heterogeneidad cultural de las naciones.

Almond y Verba hacen un penúltimo llamado de atención sobre la categoría de Cultura cívica al indicar de manera concreta como ésta contiene y subsume dentro de sí relaciones que pudieran parecer incoherentes para una cultura cívica ¿como lo es

27 Aquí ya se pueden vislumbrar los vacíos y amplitudes imprevistas del tema en cuestión, y que esta primera visión de cultura política reconoce en negativo, pero que no resuelve de manera solvente.

28 Op Cit. 3

el tener componentes de cultura de súbdito y aun hasta de parroquial! para Almond y Verba, la cultura cívica es una dinámica en las que se perciben pujas y tensiones por lo que ellos van a afirmar: “una cultura política equilibrada en que la actividad política, la implicación y la racionalidad existen, pero compensadas por la pasividad, el tradicionalismo y la entrega a los valores parroquiales.”²⁹ Relaciones que al final permiten la consolidación de un ciudadano participativo, aunque con esfuerzos y disputas internas.

Ya para finalizar, y como último elemento, los profesores Almond y Verba, nos muestran cuáles son las naciones elegidas para su estudio, así como las posibilidades que presentan las mismas, en sus palabras:

Nuestro estudio comparativo de la cultura política incluye cinco democracias: Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Italia y México, seleccionadas porque representan una amplia escala de experimentos relativamente positivos de un gobierno democrático. El análisis de estos casos nos dirá qué clases de actitudes se asocian con sistemas democráticos de funcionamiento estable, la incidencia cuantitativa de dichas actitudes y su distribución entre los diferentes grupos de la población.³⁰

Concluyendo entonces, que estos regímenes democráticos permiten una revisión de las posibles diferencias culturales que existen entre sistemas democráticos cercanos pero curiosamente diversos como lo es el caso del sistema democrático norteamericano con el inglés, y también las diferencias culturales marcadas que existen entre países históricamente tan interdependientes, como lo es Alemania, Francia e Italia, asignándoles así un tipo y un nivel de desarrollo de cultura política en donde

México también representa posibilidades interesantes y muestra niveles de desarrollo político que no parecieran viables en una nación periférica como resulta ser, claro bajo la lógica y estructura global en que se circunscribe Latinoamérica.

Es evidente entonces que el objetivo de los autores y de la tradición norteamericana, no era otro, más que adentrarse en la búsqueda de un régimen autoproclamado el mejor, ligado a un gobierno o sistema democrático, ellos concluyen fácilmente que la cultura cívica es una cultura democrática, una cultura política democrática. En sus propuestas de desarrollo cultural, es más que claro que existe un programa de nación sobresaliente el cual es necesario rescatar y proyectar sobre el globo, en donde las diferentes “orientaciones” de los ciudadanos determinan el grado de desarrollo culturalmente político, y que la nación en mención posee.

Y aunque el mérito de esta tradición es fundante para el campo de la cultura política, es importante como lo deja ver Fabio López de la Roche, que su disposición se trasmute o transforme a una ampliación del concepto, en sus palabras:

Esta vertiente politológica de aproximación teórica y metodológica al estudio de la cultura política presenta, indudablemente, méritos importantes por el reconocimiento de las pautas culturales como realidades sociales autónomas y no como un simple epifenómeno de la economía o de la política. Dicha vertiente muestra un avance esencial en el intento por construir una definición operativa, capaz de ser sustentada en datos empíricos extraídos de la realidades culturales estudiadas y destaca aspectos importantes del cambio cultural y político, en los procesos de transición de las sociedades tradicionales a las modernas.

29 LOC. CIT., 194.

30 *Ibidem.*, 198.

Sin embargo, como lo veremos más adelante a la luz de otras aproximaciones a la cultura política, la tradición teórica de la “civic culture” además de su notoria naturaleza euro-norteamericano-céntrica, institucionalista y universalista, deja por fuera aspectos histórico-culturales fundamentales en el análisis político-cultural, y desde el punto de vista metodológico, la prioridad conferida a la intención cuantificadora sobre la base de la aplicación de las encuestas y escalas de actitud, reduce sustancialmente la posibilidad de dar cuenta de otras facetas del fenómeno a través de otras herramientas, más vinculadas a la investigación cualitativa y a la intención interpretativa.”³¹

Por esto, de aquí en adelante revisaremos las principales críticas que se hacen al directamente anterior modelo de cultura política, en donde a profundidad este segundo modelo de cultura política, primero desconoce la amplitud del campo y cuales son, a su vez, las principales vías en que dicho sesgo se produce. Y es que directamente después de la propuesta epistemológica de la tradición norteamericana, esta visión de cultura política ha sido criticada desde varios sectores y existen variedad de revisiones, que en suma han proyectado una amplitud conceptual del término, a niveles, enfoques y aspectos inadvertidos por Almond y Verba.

Las críticas

Entre las principales críticas se encuentran a los profesores Francisco Cruces y Ángel Díaz de Rada, quienes en su intención de comprender las posibilidades del concepto reconocen en la tradición norteamericana una primera usanza universalista y determinista del concepto, en donde Cruces y Rada afirman que “hacen de él más un

concepto-fuerza, un modo de hacer institución, que de describir como son efectivamente, las formas locales de convivencia, de decisión y de valoración, sus relaciones de doble dirección con la autoridad legítima y sus recursos ante el poder.”³² y por lo tanto hablan de una experiencia hegemónica con el concepto, que es necesario revertir en la intención de una “reflexividad local” que posibilite el análisis cultural, antes que político, pero ¿por qué cultural antes que político? porque para Cruces y Rada es evidente la existencia de una relación intrínseca, en entender la cultura política; con la institucionalidad propia del orden estatal, desestimando con facilidad las características culturales como fuertemente determinantes en la constitución del concepto, es una dinámica estructurada alrededor de la política cultural, una dinámica vertical, en donde se concibe a la cultura como un elemento vadeable, desde una política pública, a esto hace precisa referencia la pregunta que titula su artículo sobre si la cultura política “¿es parte de la política cultural o de la cultura o la política?”³³

Esta idea se hilva de muy apropiada manera cuando Fernando Villalonga habla sobre las carencias que existen al ubicar de manera unívoca el desarrollo o la gestión de la cultura en las instituciones políticas, es decir, como dinámica gubernamental, pues como es sabido, el fenómeno cultural es una dinámica ulterior, mucho más abrumante y compleja, que no puede reducirse de manera total a una política pública³⁴, Villalonga la describe sobre la existencia de una cultura de la política, en sus palabras el afirma: “Si no hay un proceso de adaptación

31 López de la Roche, Fabio. “Aproximaciones al Concepto de Cultura Política,” *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 7, núm. 22, (2000), 105 - 106.

32 Francisco Cruces y Ángel Díaz de Rada. “La cultura política ¿es parte de la política cultural, o es parte de la política, o es parte de la cultura?” *Revista Política y Sociedad*. 18, (1995), 171.

33 *Ibidem*.

34 Villalonga Campos, Fernando. “La cultura ¿sin política o el fin de la política cultural?” *Cuadernos de pensamiento político FAES*. 36. (2012).

institucional, avisa Fucuyama, empezará la degradación política. Podríamos decir que la clave está en la cultura que predomina en cada sociedad. No “cultura” en el sentido de ‘las Artes’ sino la cultura de la política (política culture).”³⁵ Esta descripción es un poderoso llamado de atención sobre la necesidad de pensar en nuevos términos, y, en suma, es una muestra más de la amplitud del concepto, que la tradición de Almond y Verba desconoce.

Y si bien Villalonga acierta en la caracterización del problema, éste también acierta en reconocer que la dinámica de cultura política, al estilo norteamericano ha asentado una jerga institucional alrededor de conceptos como “participación ciudadana, “proximidad o integración social” [los cuales] “nos son tan familiares y han sido utilizadas con tanta frecuencia que casi han perdido su significado.”³⁶ dejando en evidencia cómo esa experiencia y esa necesidad que Cruces y Rada exponían sobre la importancia de la apropiación de un concepto no hegemónico de la cultura política, es aun más fructífera, revitaliza la cultura antes que la política dentro del campo y/o noción.

Además, esta utilización del lenguaje en términos de política cultural, no encaja con las exigencias de lo que ahora Dieter Nohlen examina, cuando relaciona la cultura política con el funcionamiento institucional del gobierno y la política en el campo o contexto latinoamericano, para Nohlen³⁷ se deben revalorizar y complejizar las relaciones de la cultura política con la institucionalidad, pues si el objetivo como lo proponían Almond y Verba y junto con Nohlen³⁸, es reconocer una superioridad

político-cultural en una dinámica de cultura democrática, su aplicación no puede hacerse desde la práctica institucional, para Nohlen, ésta depende del contexto cultural donde se viabilice, Nohlen afirma sobre las instituciones:

Respecto a las instituciones hice hincapié en dos tesis que se imponen sobre todo a la hora de pensar en posibles reformas constitucionales. La primera tesis sostiene que la importancia de las instituciones es relativa. En efecto, las instituciones son importantes pero su real importancia depende de otros factores. Dicho a la manera del título de uno mis libros: El contexto hace la diferencia (Nohlen, 2003). A partir de esta experiencia, la segunda tesis sostiene que en el estudio y el diseño de las instituciones hay que tomar en cuenta el contexto. No existe por lo tanto un ‘mejor sistema’³⁹ que se pueda transferir o implementar. El sistema preferible es el que se adapte mejor. O sea, el que se diseña tomando en cuenta las condiciones de contexto, de lugar y tiempo. Esta tesis se sintetiza en el título de uno de mis libros, el institucionalismo contextualizado (Nohlen, 2006).³⁴⁰

De manera tal, y si aceptamos las tesis de Nohlen, es evidente por lo tanto que la cultura cívica que proponen Almond y Verba, se entendería como eso que Nohlen ase-

funda en observaciones a nivel de la élite política, sus valores y comportamiento, al igual que en observaciones a nivel de sociedad civil y el electorado, que indican una brecha entre el espíritu de las instituciones y el estado de desarrollo de la cultura política democrática. Estas observaciones resultan de análisis de procesos políticos, discursos, comportamientos, encuestas y eventos electorales en los diversos países de la región.”(Nohlen, 2008, p. 29)

39 Cursivas mías.

40 Nohlen, Dieter. “Instituciones y Cultura Política,” Revista PostData: Revista de Reflexión y Análisis Político, núm. 13, (2008), 28.

35 Ibidem, 120.

36 Ibidem, 121.

37 Nohlen, Dieter. “Instituciones y Cultura Política,” Revista PostData: Revista de Reflexión y Análisis Político, núm. 13, (2008).

38 “Mi tesis central es que la cultura política es actualmente la variable más importante en el desarrollo de la democracia en América Latina. Esta tesis se

gura no existe; “*un mejor sistema*”, un sistema que debe implementarse en el entero globo, y en el o para el cual Latinoamérica no es la excepción. Esta es una idea central de las propuestas de la visión de cultura política norteamericana, idea que resulta consecuentemente insostenibles desde Nohlen además porque “(...) A mi juicio, esto último pone de manifiesto la falta de sensibilidad histórica, pues la cultura política es algo que necesita tiempo para crecer y aclimatarse.”⁴¹ y si bien para Nohlen la institucionalidad no está completamente ausente en el proceso de consolidación de una cultura política democrática, él sí reconoce con bastante rigurosidad los diferentes aspectos con los que debe cumplir en términos éticos políticos una cultura política que apunte a ser verdaderamente democrática. Para tal fin, Nohlen en lo sucesivo de su estudio propone, insiste y persiste en la idea de que el cambio es sustantivo solo si se enfoca a nivel cultural, Nohlen lo deja en evidencia cuando afirma:

Un cambio de mentalidad no puede ser implementado de forma directa por medidas institucionales o administrativas. Dado que este cambio es más bien el resultado de un proceso de acostumbramiento a las prácticas y modos de pensar de la cultura política democrática, tal vez las reformas institucionales puedan influir de forma indirecta. Segundo, este proceso de cambio animado por reformas institucionales, es siempre un proceso amenazado en la medida en que se produce en un entorno social aun ajeno a tal mentalidad, que se manifiesta en los valores no democráticos que predominan invariablemente en el resto de las instituciones sociales (familia, iglesia, administración pública, organizaciones de la sociedad civil, etc.).⁴²

Por lo que la relación de la democracia y su apropiación institucional no es una dinámica sencilla en términos culturales, como desprevénidamente se pudiera entender bajo el presupuesto conductual y cognitivo de la tradición del “The civic culture” norteamericano, pero además y a modo de conclusión, Nohlen expone que “no existen para la democracia arreglos políticos institucionales para resolver los problemas políticos que se fundan en una cultura política adversa a la democracia, en una desconfianza generalizada, en la intolerancia, en la extrema polarización ideológica y en el rechazo a cualquier compromiso.”⁴³ Prácticas que, si las ponemos a la luz de las características del enfoque Verbiano, probarían con absoluta certeza, el carácter parroquial de nuestra cultura política. pero ¿la dinámica cultural política será así de sencilla? ¿Será acaso que de cierta forma estamos condenados? Bueno, si partimos desde el enfoque norteamericano, la respuesta es afirmativa, por eso es necesaria una ampliación del concepto, para soltarse de tan insuficiente y compleja aseveración.

Y la ampliación del campo sólo se da, y parece ser inevitable en la bibliografía del tema, al siempre encontrar una referencia crítica al enfoque Verbiano, por ejemplo con Leticia Heras, en su “estudio del estado del arte contemporáneo sobre la cultura política”⁴⁴, de hecho, se brinda o presenta una crítica al enfoque Verbiano cuando en el propósito de ubicar al lector sobre el proyecto norteamericano de los ya mencionados autores, describe en términos generales, que esta corriente supone: “la cultura cívica era considerada como aquella que exige de los ciudadanos una participación activa dentro del sistema político, basándose en un cálculo racional e informado y no

41 *Ibidem*, 30.42 *Ibidem*, 34.43 *Ibidem*, 47.44 Heras Gómez, Leticia. “Cultura política: el estado del arte contemporáneo.” *Reflexión Política*. 4. núm. 8, (2002).

emocional.⁴⁵ En donde dicho enfoque es el primero de lo que para ella resulta nodal identificar, son las dos grandes corrientes en el estudio de la cultura política. Heras afirma de manera categórica:

Dos han sido las corrientes más importantes que analizan la cultura política: la corriente behaviorista y la interpretativa. La primera caracterizada por "... sus aspiraciones científicas libres de valores, por sus tendencias expansionistas y dentro de la investigación de la cultura política, por el uso de metodología de apoyo y su subjetividad concomitante o definición psicológica de la cultura política" (1997; 212).⁴⁶

En donde dicha organización se puede retomar con el fin de entender el tercer gran enfoque de la cultura política, por lo que en los siguientes subtítulos, ubicados alrededor de los aportes de Heras, se posibilita extraer la última visión de la cultura política, en donde ultimando a Heras⁴⁷ este enfoque se basa de manera recurrente y prominente en las conductas de los ciudadanos en un enfoque comparativo, que, como suponemos, resulta inconveniente, por no decir infortunado, y es que si suponemos que los sistemas sociales son homogéneos, desvirtuamos la diversidad y amplitud del fenómeno cultural, dinámica por la cual, insistimos, este enfoque sigue invistiendo a la complejidad del concepto.

Juan David Cárdenas Ruiz en una aproximación a la cultura política colombiana en la actualidad, muestra cómo el concepto de la cultura política, posee un fuerte debate, y evidencia como este enfoque ha sido estudiado desde métodos tanto cualitativos como cuantitativos, y si bien esta no es una crítica sustantiva, sí queremos establecer cómo el enfoque behavior tiene

una fuerte carga en las dinámicas cuantitativas, fenómeno que es imprescindible precisar pues hace parte integral del desarrollo metodológico en los procesos investigativos dentro de esta corriente o enfoque de cultura política, además de que nos permite empezar a perfilar con mayor claridad las dinámicas problemáticas que el mismo posee, también nos autoriza a entender los aportes del profesor Cárdenas, especialmente cuando habla sobre las dinámicas que se deben establecer con los proyectos de cultura política democrática en Colombia, el profesor establece las dificultades para constituir relaciones unidireccionales con los sistemas institucionales de gobierno en Colombia.

Cárdenas hace un amplio y sostenido recorrido por las diversas maneras en que se podrían revalorizar las formas de estudio de la cultura política colombiana, por ejemplo, para el autor es necesario, primero, reconocer una dimensión en donde las formas de participación ciudadana pasan por la institucionalidad formal electoral, hasta el subjetivismo individual espontáneo del saber cotidiano sobre las dinámicas políticas. Una segunda dimensión, se identifica alrededor de los procesos de significación y opinión de la realidad política del país, alrededor de los diferentes escenarios en donde el ciudadano adquiere averiguaciones y opiniones sobre la realidad política de su país, en esta dimensión los diferentes medios de comunicación constituyen y hacen parte esencial del proceso de construcción de opinión. Y una tercera dimensión se avoca ahora por un análisis sustancial sobre las relaciones de la institucionalidad gubernamental con la vida social en concreto, estos análisis son perceptibles para Cárdenas, especialmente en la valoración de legalidad, credibilidad, legitimidad y confianza que gozan los gobiernos como representantes del Estado con sus gobernados o ciudadanos, práctica

45 *Ibidem*, 172.

46 *Ibidem*, 183.

47 *Ibidem*.

que asegura o dificulta el margen de gobernabilidad del Estado.⁴⁸

Sin embargo, y a pesar de toda esta relación compleja, en Colombia, según Cárdenas, no es fácil asegurar un estudio de cultura política, porque entre otras y “a modo de conclusión se podría afirmar que la valoración de la democracia en Colombia está fuertemente atravesada por variables históricas que no se pueden dejar de lado.”⁴⁹ Fenómeno que nos planta cara otra vez con la insuficiencia de relacionar de manera lineal y funcionalista el desarrollo de una cultura política, a un esquema que beneficia los objetos cognitivos o meramente informativos de los ciudadanos, la relación insistentemente más compleja, es históricamente más compleja y profunda, en resumen; insuficiente, aún cuando se insiste en entender la cultura política colombiana en un programa democrático, recuérdense las apreciaciones de Dieter Nohlen al respecto, entre otros⁵⁰.

48 Cárdenas Ruiz, Juan David. “Una aproximación a la cultura política colombiana desde el debate contemporáneo de la democracia,” *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, vol. 42, núm. 117, (2012), 393 – 424.

49 *Ibidem.*, 442.

50 Para una ampliación del debate se puede consultar los trabajos de Álvaro Acevedo, quien propone un ejercicio comparativo para la consolidación de una cultura política democrática en el centro y este de Europa, en referencia constante con el contexto latinoamericanos, quienes resultan interesantemente similares a los europeos, a su vez que los trabajos de Claudio Domingo y Elórtégui Gomes, los cuales resultan significativos pues abordan la necesidad de situar el estudio de los acelerados cambios sociales que experimenta América Latina, así como la relevancia del concepto de cultura política como un potencial eje orientador y revitalizador de los debates que observan los fenómenos políticos en la región, todos éstos en una dinámica comunicativa cada vez más potente en los procesos de socialización continental, junto con el trabajo de Jose Guadalupe Vargas, quien se interesa por las transformaciones que el marco de la globalización implanta en las culturas políticas a un nivel emíteteme institucional, evidenciado nuevos y/o novedosos arreglos institucionales, en una relación que analiza el impacto así como el desuso o continuidad de

Entre tanto con Gabriela Bard Wigdor⁵¹, la extensión del concepto se lleva a estudios de género, muy populares hoy en el debate sobre la construcción de identidad, para la profesora Bard, es imprescindible reconocer, también, una configuración del campo, alrededor de dos grandes posturas, para la profesora, la primer gran postura, es “una posición institucionalista respecto a los fenómenos políticos y a su ámbito de estudio, que responde a una metodología básicamente cuantitativa y en la que algunos van a asumir la denominación de cultura cívica, y otra de carácter culturalista.”⁵² Esta segunda postura como hemos asegurado atrás, hace parte de las críticas al enfoque conductual - cognitivo, y en el momento nos interesa es evidenciar como esta primera postura también recibe grandes críticas hoy desde los estudios de género, especialmente para eso que la profesora Wigdor será una mirada androcéntrica desde la cultura política⁵³, para la profesora Gabriela, esa mirada androcéntrica, se

proyectos político culturales, también el trabajo de H.C.F. Mansilla sobre las dinámicas populistas y de cultura política en el contexto andino, en especial referencia a los procesos del Estado de Derecho y los procesos autoritarios en la región, siempre en una revisión democrática de las dinámicas por lo que los diferentes países de la región han trasegado en sus proyectos políticos nacionales, revisando por lo tanto las resistencias así como las posibilidades o potencialidades que presentan los rasgos de cultura tradicional en la consolidación de proyectos populistas autoritarios, igualmente, las críticas al enfoque de cultura política de Roberto García Jurado, en “Crítica de la teoría de la cultura política” expone ideas notables sobre las dificultades del enfoque psicológico de cultura política, un tema que el autor reconoce tiene una amplitud y popularidad notable en los actuales estudios políticos, especialmente en la pregunta por la consolidación de los tipos y formas de gobierno, ahora en referencia al gobierno democrático.

51 Bard Wigdor, Gabriela. “Culturas políticas. (Re) significando la categoría desde una perspectiva de género,” *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. LXI, núm. 227, (2016).

52 *Ibidem.*, 138.

53 *Ibidem.*, 152.

consolida gracias a la revisión homogénea que presenta la cultura cívica, en donde la problemática está en conjugar de manera análoga el género con el sexo, sin ningún tipo de discriminación que resulte significativa para entender el papel de las mujeres en la misma, su ausencia, argumenta la autora, reproduce una mirada androcéntrica del concepto así como una sub-alternidad del papel de la mujer en la consolidación de la cultura política, por lo que para la profesora se vuelve indispensable una revalorización del carácter teórico de la categoría, y así proponer una discusión que revitalice el papel de la mujer dentro del campo en igualdad de condiciones al papel del hombre, para la profesora Gabriela esta necesidad se puede dar, solo si se aboga por derivar el concepto en lo que para ella es una posición de carácter culturalista de la cultura política.⁵⁴

Conclusiones

La cultura política como campo de análisis epistemológico de la formas, maneras y contenidos de una sociedad, pueblo, comunidad o Nación es un espacio inestimablemente propicio para acceder a los contenidos insospechados de eso que denominamos de manera muy imprecisa como colombianidad en un interés explícitamente político. ¿Por qué? porque va sobre una caracterización sustantiva y pretendidamente precisa de las formas culturales hacia los objetos y prácticas políticas, las cuales abarcan diversos aspectos del ser humano, resumidas desde el principio con Marisol Solano, como percepciones, actitudes y costumbres de la gente hacia el fenómeno de la política.

Y si bien, sobre esta base partíamos, se concluye con facilidad que dicha precisión es viable pero insuficiente y desprovista de claridad metodológica, el campo de la cultura política con o ligado a la determinación

de lo que podríamos denominar como “colombianidades políticas”, resulta fragmentario, exiguo y evidentemente sesgado, desde un primer enfoque de la cultura política, el del sentido común.

Insuficiencia que se sostiene y reproduce en la segunda visión de cultura política, la visión Behavior-cognitive de entronque norteamericano, bajo esa primera visión institucionalizada y legitimada bajo el amparo disciplinar de la disciplina política y psicológica, se sobreviven dinámicas de privación, aun cuando su acervo teórico es mucho más estructurado y potente: La principal conclusión sobre este enfoque es su mirada universal y determinista sobre lo que implica la cultura política, al buscar la implementación de un sistema y forma de gobierno específico, en latitudes en las cuales ésta no ha tenido una experiencia sustancialmente propicia para con el mismo, es decir para con el proyecto de “Cultura Política Democrática” o “Civic Culture”. Su fuerte carácter evaluativo desestima la exuberancia cultural de la colombianidad y lo reduce a un parámetro nominativo de mentalidad y práctica política nula o cero, esto evidente con el sello de cultura política parroquial.

Así las cosas, el proyecto de aproximación a la cultura política de la colombianidad es viable pero no desde el marco de una visión de cultura política de sentido común ni desde la tradición de Cultura Política Verbiana, es un hecho que la aproximación más significativa al mismo, se da al identificar, reconocer y apropiar las críticas y/o debilidades de estas visiones para y desde una visión más cultural, rescatar eso que denominamos la Colombianidad.

Las formas y maneras en que se procede a explorar la experiencia política desde un marco cultural son, en suma, unas posibilidades más coherentes para con las realidades y circunstancias tanto políticas como sociales y por supuesto culturales de lo que es Colombia.

54 Ibídem, 151.

Referencias

- Acevedo Tarazona, Álvaro. (1999). “Retos y Dificultades en la Construcción de una Cultura Política Democrática en el Centro y el Este de Europa.” en: *Reflexión Política*, vol. 1, núm. 2, diciembre, 1999. Universidad Autónoma de Bucaramanga. Bucaramanga, Colombia.
- Albert Battle i Rubio, (coord.). (1992). *Diez textos básicos de Ciencia Política*, Editorial Ariel. España.
- Bard Wigdor, Gabriela. (2016). “Culturas políticas. (Re)significando la categoría desde una perspectiva de género”. En: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. LXI, núm. 227, mayo-agosto, pp. 137-166. Universidad Nacional Autónoma de México. Distrito Federal, México.
- Bourdieu. Pierre. (2007). *El sentido Práctico*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Bustamante, Fernando. (2003). “El debate en torno a la cultura política: comentarios al dossier de ÍCONOS 15”. En: *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 16, mayo, pp. 66-72. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Quito, Ecuador.
- Cárdenas Ruiz, Juan David. (2012). “Una aproximación a la cultura política colombiana desde el debate contemporáneo de la democracia” en: *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, vol. 42, núm. 117, julio-diciembre, pp. 393 – 424. Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín, Colombia.
- Deustcher, Eckhard. (1990). Ideología, evolución cultural y cultura política. *Revista ABRA, Vol. 10 (13 -14), 275 - 278*.
- Elórtégui Gómez, Claudio Domingo. (2014). “Cultura Política Latinoamericana: entre los rasgos del pasado y las expectativas comunicacionales del presente.” En: *Opción*, vol. 30, núm. 73, enero-abril, 2014, pp. 69-87. Universidad del Zulia. Maracaibo, Venezuela.
- Francisco Cruces y Ángel Díaz de Rada. (2007) “La cultura política ¿es parte de la política cultural, o es parte de la política, o es parte de la cultura?” en: Departamento de Antropología Social. U. N. E. D. *Revista Política y Sociedad*. 18 (1995). Madrid. pp. 165 -183.
- Gabriel. A. Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture*, cap. 1, «An Approach to Political Culture», Princeton University Press, 1963.
- García Jurado, Roberto. (2006). *Crítica de la teoría de la cultura política*, Política y Cultura, otoño, núm 26, pp. 133-155.
- Heras Gómez, Leticia. (2002) “Cultura política: el estado del arte contemporáneo.” *Reflexión Política*. 4. núm. 8, Universidad Autónoma de Bucaramanga. Bucaramanga, Colombia.
- Herrera. Martha Cecilia, Pinilla Diaz. Alexis V., Díaz Soler. Carlos J. y Infante Acevedo. Raúl. (2005). “La Construcción de Cultura Política en Colombia. Proyectos Hegemónicos y resistencias culturales.” ARFO Editores. Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá.
- Araceli Mateos, (2002). *Cultura política y participación: las subculturas de los electores de 2000*. (Tesis de Posgrado). Universidad de Salamanca. Recuperado de: <https://campus.usal.es/~dpublico/areacp/materiales/Culturapolitica.pdf>
- López de la Roche, Fabio. (2000). *Aproximaciones al Concepto de Cultura Política*. Convergencia. *Revista de Ciencias Sociales*, vol. 7, núm. 22, mayo-agosto. Universidad Autónoma del Estado de México. Toluca, México.
- Mansilla, H.C. F. (2010). “Visiones y revisiones. Populismo y cultura política en la América Andina” en: *Trayectorias*, vol. 12, núm. 30, enero-junio, 2010, pp. 119-135. Universidad Autónoma de Nuevo León. Monterrey, Nuevo León, México.

- Martínez, Ana Teresa. (2007). Pierre Bourdieu: razones y lecciones de una práctica sociológica. Del estructuralismo genético a la sociología reflexiva. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Manantial SRL.
- Nohlen, Dieter. (2008). "Instituciones y Cultura Política" en: Revista PostData: Revista de Reflexión y Análisis Político, núm. 13, pp. 27-47. Grupo Interuniversitario Postdata. Buenos Aires, Argentina.
- Schneider, Cecilia; Avenburg, Karen "Cultura Política: Un concepto atravesado por dos enfoques" Revista POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político, vol. 20, núm. 1, abril- septiembre, 2015, pp. 109-131. Grupo Interuniversitario Postdata. Buenos Aires, Argentina.
- Solano Rocha, Marisol. (2005). "Consumo de medios y cultura política." México. Universidad de las Américas, Puebla.
- Solano Rocha, Marisol. (2015) ¿Qué es la cultura Política? En Consumo de medios y cultura política. Capítulo Primero, pp. 1 - 46.
- Vargas, José Guadalupe. (2004). "Cultura política y transformación institucional en el marco de la globalización." En: Revista de Ciencias Sociales (Cr), vol. I-II, núm. 103-104, pp. 39-55. Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica.
- Villalonga Campos, Fernando. (2012). "La cultura ¿sin política o el fin de la política cultural?" en: Cuadernos de pensamiento político FAES. 36. pp. 119 -130.